

LXV PREMIO DE NOVELA ATENEO CIUDAD DE VALLADOLID

**ELOY M. CEBRIÁN**

*El* **HOMBRE** *que*  
**RESPONDÍA** :  
*a los* **CORREOS**  
**BASURA**



algaida

La novela *El hombre que respondía a los correos basura*, de Eloy M. Cebrián, resultó ganadora del LXV Premio de Novela Ateneo Ciudad de Valladolid, que fue convocado por el Ateneo de Valladolid y patrocinado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Valladolid.



Ayuntamiento de **Valladolid**



Primera edición: 2019

© Eloy M. Cebrián, 2019

© Algaida Editores, 2019

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-083-6

Depósito legal: SE. 56-2019

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

1 .....	11
2 .....	21
3 .....	29
4 .....	39
5 .....	51
6 .....	61
7 .....	69
8 .....	83
9 .....	91
10 .....	105
11 .....	119
12 .....	131
13 .....	149
14 .....	175
15 .....	195
16 .....	221
17 .....	249

18 .....	277
19 .....	297
20 .....	315
21 .....	339
22 .....	357
23 .....	383
24 .....	395
Epílogo.....	413
Agradecimientos .....	419

*Para María Eugenia,  
porque sin ella todo esto  
no merecería la pena*

---

*Nota del autor:*

*Este libro es una obra de ficción. Tanto los hechos como los personajes que aparecen en él son enteramente imaginarios. Cualquier relación con personas y acontecimientos reales es fruto del azar. Les doy mi palabra.*

— **T**OME ASIENTO, POR FAVOR. Y DISCULPE SI NO me levanto.

—Gracias.

—¿No ha pillado usted el chiste?

—¿Qué chiste?

—Lo de «disculpe si no me levanto». Todo el mundo lo encuentra gracioso.

—A decir verdad...

—Es mi manera de romper el hielo. Ya ve que en mis circunstancias difícilmente podría levantarme.

—Sí, ya lo veo. Lo siento mucho.

—No, hombre, no lo sienta. Precisamente es lo que quiero evitar con esa broma. La compasión. Suelto la frasecita ingeniosa cuando alguien entra aquí por primera vez. Nos reímos un rato. Y a partir de ese momento ya no me ven tanto como un pobre desgraciado. No sé si me explico.

—Sí. Quiere evitar que lo compadezcan. Le he entendido muy bien. Pero me temo que la broma sigue sin

hacerme gracia. Creo que sobre algunas cosas es mejor no bromear.

—Siento no estar de acuerdo. En mi situación el humor es lo único que me libra de la locura. Pero ¿dígame? qué puede haber tan importante como para que debamos abstenernos de bromear.

—Pues... ¿tal vez la muerte?

—¡Qué va, hombre! Precisamente la muerte es uno de los asuntos más cómicos que existen. ¿Sabe usted lo que le dice un niño muerto a otro niño muerto?

—Créame, le agradezco mucho su intento de romper el hielo. Pero no he venido aquí para oír chistes.

—Groucho Marx.

—¿Qué?

—Mi broma del principio. Eso de «disculpe si no me levanto». Es el epitafio que se lee en la tumba de Groucho Marx. ¿No lo sabía?

—No es así.

—¿Perdón?

—Lo que ha dicho del epitafio de Groucho. Se trata solo de una leyenda urbana, un mito que el propio Groucho inició al contar ese chiste en una entrevista. En realidad su cuerpo fue incinerado, y la urna con sus cenizas se colocó en un mausoleo al aire libre en un cementerio de Los Ángeles. Hay sólo una pequeña placa con el nombre de Groucho Marx, una estrella de David y los años de su nacimiento y muerte. 1890 y 1977. Por cierto, murió el 19 de agosto, tres días después que Elvis Presley. Ese mismo año murieron Irene Callas y Charles Chaplin. Y me parece recordar que también... Pero discúlpeme. Me estoy yendo por las ramas.

—Vaya, es impresionante. ¿Cómo puede usted saber todo eso?

—No son más que tonterías. *Trivia*, como se dice en inglés.

—Insisto. ¿Cómo puede recordar tantos detalles?

—Verá, es una especie de deformación profesional.

—¿Es usted acaso redactor de enciclopedias?

—No. Soy un simple profesor de secundaria, aunque ahora no ejerzo. Me dedico a hacer traducciones. No puede usted imaginar la cantidad de cosas inútiles que se aprende haciendo traducciones.

—Pues debería usted explotar ese talento. ¿Ha pensado alguna vez en ir a un concurso de televisión? Se podría usted forrar.

—Sí, lo he pensado. Y en parte estoy aquí por eso. Por un concurso de televisión.

—Vaya, vaya. Esto se pone interesante. Pues usted dirá.

—Quiero que reúna información sobre cierta persona, una mujer que ahora, precisamente, está participando en uno de esos concursos de preguntas y respuestas.

—Ah, una concursante. Lo que me pide no parece muy difícil. Hoy en día cualquiera que salga por televisión adquiere de inmediato una relevancia pública. Al poco tiempo se puede encontrar información sobre esa persona hasta en la sopa. Aunque sea un don nadie que no tenga dónde caerse muerto.

—Temo que lo que yo quiero saber no vaya a ser tan fácil de averiguar.

—Está consiguiendo intrigarme, señor... ¿Lázaro, verdad?

—Sí, Agustín Lázaro.

—¿Por qué piensa que su consulta reviste una especial dificultad, señor Lázaro?

—Porque esa mujer sobre la que quiero que investigue, la concursante de ese programa televisivo, lleva varias semanas muerta.

—Ya veo. Curiosa situación. Casi sobrenatural, diría yo. Tendrá usted que darme más datos, claro. ¿Quién es esa mujer fallecida? ¿Cómo puede una mujer muerta estar participando en un programa de televisión? ¿Y qué quiere usted saber acerca de ella?

—Lo mejor será que empiece por el principio.

—Se lo ruego. Y no escatime usted detalles. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Hasta dos años antes había dado clase de Lengua y Literatura en un instituto. El trabajo le resultaba tedioso, a veces deprimente, pero pensaba que había alcanzado un cierto equilibrio, un estado de ataraxia parcial que le permitía encajar sin grandes estragos las numerosas humillaciones que a diario le infligían tanto los alumnos como sus progenitores. Entonces ocurrió aquel incidente —El Incidente, con mayúscula— y todo se vino abajo. El alumno que lo protagonizó era un perfecto bárbaro. Tenía diecisiete años y repetía curso por segunda vez. Era un tipo grandote, cosido de *piercings*, con unas cejas hirsutas que parecían un tiznajo transversal sobre los ojos y una frente escueta sobre la que maduraba una abundante cosecha de espinillas. Se llamaba Raimundo Camuñas, un nombre

digno de un asesino en serie, un nombre que Agustín estaría condenado a recordar durante el resto de su vida, y era propietario de una brutalidad apenas contaminada por sus muchos años de confinamiento forzoso en varios centros educativos. Hasta el día de El Incidente, Camuñas apenas había sido un problema, tan solo una presencia ceñuda al fondo del aula. Tampoco parecía que aquella mañana fuese a ocurrir nada fuera de lo acostumbrado. Entre los bostezos, cuchicheos y gestos de indiferencia de sus alumnos, Agustín había dedicado su clase a glosar la figura de Federico García Lorca. Camuñas, como de costumbre, estaba sentado solo al final del aula. Tenía el respaldo de la silla apoyado contra la pared y daba la impresión de estar dormido, con los ojos cerrados, la boca abierta y una expresión beatífica que contrastaba con su habitual gesto de ferocidad y desprecio hacia el mundo y sus criaturas. Mientras leía unos versos del *Romancero gitano*, Agustín pensó que así, dormido, Camuñas casi parecía una persona. Y en lo delicioso que sería tener a todos los alumnos dormidos, abandonados a sus brutales ensoñaciones adolescentes, en lugar de despiertos (o al menos parcialmente despiertos), ajenos por completo a *lunas de pergamino* y *silencios de cal y mirto*, y odiando cada minuto que pasaban encerrados en el aula. Aquella idea de una clase compuesta enteramente por durmientes le pareció tan reconfortante que de repente se sintió invadido por un inesperado optimismo. En aquel momento leía en voz alta el *Romance de la luna, luna*, que le traía perfumados recuerdos de la juventud. En el exterior, sin embargo, no campeaba la luna, sino un inesperado sol de febrero, y

Agustín quiso sentirse bendecido por la caricia de aquellos rayos virginales. Así pues, sin dejar de leer, se puso de pie y caminó lentamente en dirección a la ventana que había al fondo de la clase. «Por el olivar venían / bronce y sueño, los gitanos», declamó mientras surcaba el pasillo central entre las mesas de los alumnos, que lo miraron con cierta alarma, aunque solo para volver a rumiar su hastío acto seguido. La ventana quedaba justo detrás del asiento de Camuñas, y Agustín se sintió feliz al comprobar que aquel Calígula adolescente seguía dormitando, al menos en apariencia, y, por tanto, no iba a tener que enfrentarse a sus miradas de bestia depravada conforme se aproximaba a él. Todavía tardó unos segundos en percatarse del movimiento del hombro derecho del muchacho y, por ende, de su brazo. Era tan tenue que podría haberse confundido con un temblor, pero poseía un ritmo característico que parecía intensificarse con cada nueva sacudida. La idea era tan atroz que se resistió a ella con todas sus fuerzas. Agustín se sentía al borde del abismo, abocado a una de esas situaciones que únicamente se presentan en las peores pesadillas. Uno de sus sueños recurrentes era aquel en que un alumno le infligía una humillación de tal calibre que por sí sola bastaba para abolir toda su carrera profesional, pasada, presente y futura. En sus sueños, esta humillación adoptaba la forma de un insulto o de una agresión. Pero aquello que tenía delante era mucho peor. Durante un instante vertiginoso comprendió que se encontraba ante una encrucijada. El pánico que sentía le había hecho interrumpir la lectura, aunque su experiencia le dijo que ni uno solo de los alum-

nos había notado que el poema había quedado incompleto. Miró a su espalda y comprobó que ninguna cara estaba vuelta para observarlo. Probablemente bastaría con dar media vuelta, regresar a su mesa y proseguir con la clase como si nada hubiera ocurrido. Y, en realidad, nada había ocurrido aún. Agustín se sintió como encadenado a aquel instante. El tiempo se había detenido y el aire a su alrededor se había condensado en una especie de melaza en la que estaba atrapado como las moscas en el panal de la fábula. Dentro de aquel instante eterno, el único movimiento que parecía posible era el del brazo de Camuñas. Arriba, abajo, arriba, abajo. El brazo subía y bajaba cada vez más deprisa, como el pistón de un motor acelerando. En cuanto a la naturaleza de la actividad, esta no se prestaba a interpretaciones. Sin embargo, Camuñas mantenía los ojos cerrados y no parecía haberse percatado de la proximidad de Agustín, a quien le bastaría con regresar sobre sus pasos y dejar atrás para siempre aquella monstruosidad. Pero los abismos ejercen una atracción poderosa sobre los humanos, y este en concreto debía de ser muy negro y muy profundo, a juzgar por la fuerza con que lo arrastró. Sin ser del todo consciente de lo que hacía, Agustín se encontró cubriendo los dos metros de distancia que lo separaban del pupitre tras el cual Camuñas se entregaba a sus manipulaciones. Y de repente cualquier posibilidad de vuelta atrás se había esfumado. Pues allí, ante su vista, estaba aquella cosa grande, roja y brutal que era el pene de Camuñas. Y su mano derecha, que lo sacudía con brío y entusiasmo propios de los últimos compases de la masturbación. Y también el teléfono móvil

que sostenía con la otra mano, cuya pantallita mostraba lo que parecía el trajín típico de una secuencia pornográfica. Agustín pudo contemplar todos estos elementos con todo lujo de detalles, pues se encontraba de pie justo ante el pupitre del muchacho. También observó fascinado la expresión de Camuñas, que mantenía los párpados cerrados, los labios apretados en una expresión terca y el rostro girado hacia arriba, como si se encontrara en pleno éxtasis o en el trance de estar presenciando una aparición mariana. La actividad pornográfica continuaba en la pantalla del móvil, pero el chico no parecía necesitar agentes externos para estimular su aparatosa virilidad, que se erguía desafiante y roja, como una bestia rampante en un escudo heráldico. ¿Quién habría sospechado semejante poder de concentración en aquel cernícalo? Y, sin embargo, allí estaba, meneándose en plena clase de Literatura, a apenas un metro de su profesor, ajeno a todo lo que no fuera aquel vigoroso acto onanista que lo absorbía por entero. Y mientras Camuñas se la sacudía, Agustín permanecía hipnotizado, notando cómo el pánico empezaba a quemarle por dentro, pero incapaz de abrir la boca o de mover un solo músculo. Miró fijamente la polla del muchacho y durante un instante tuvo la impresión de que ella le devolvía la mirada con su único ojo. Era como si aquel órgano duro y vibrátil lo estuviera desafiando. «¡Eh, tú! ¿Qué haces ahí parado, gilipollas? Vaya una mierda de profe estás hecho. Pillas a un tío cascándose en tu clase y no tienes huevos para decirle nada». Y Agustín comprendió que lo que la polla le decía era cierto. ¿Qué le había ocurrido? ¿Por qué no había actuado ya? ¿Cómo

había podido caer tan bajo? Pero al mismo tiempo sintió una enorme pereza, una desgana infinita de enfrentarse a todo lo que vendría si actuaba contra Camuñas. Los informes, las reuniones con los miembros del equipo directivo y con los padres de aquel animal, a los que imaginaba de su misma calaña, el expediente disciplinario, el consejo escolar... Y, sobre todo, la rechifla general, la humillación de ser el profesor que había pillado a un alumno cascándose en plena clase, un estigma que podía atormentarle durante el resto de su carrera. Le parecía mucho más sencillo pasarlo todo por alto, dar media vuelta y terminar la lectura del poema como si allí no hubiera ocurrido nada. Y no se trataría de un acto de cobardía, sino de una retirada estratégica, una demostración de inteligencia. Bajó la mirada hacia su libro y la posó en los últimos versos: *Dentro de la fragua lloran, / dando gritos, los gitanos...* Distinguió rumores a su espalda. Apenas habían pasado unos segundos desde el comienzo del incidente, pero los alumnos estaban empezando a despertar de su letargo y a preguntarse qué ocurría. ¿Tal vez era demasiado tarde? No, en absoluto. Nadie había notado nada, y Camuñas seguía disfrutando de su gayola con los ojos cerrados y no se había percatado de su presencia. A la mierda Camuñas, su paja en clase y todo el sistema educativo. Lo importante era sobrevivir. Y se dispuso a emprender la retirada hacia su mesa y a dar por concluida la clase. Y entonces ocurrió. Fue casi instantáneo. Un par de segundos que bastaron para cambiar el curso de toda una vida. Camuñas le imprimió tres vigorosas sacudidas y su mano se detuvo en seco. Y fue como si el tiempo se hubiera de-

tenido también. El único cambio fue que el color rojo brillante del glande pareció acentuarse, como si en el bálano acabara de encenderse una luz de alarma. A continuación, uno, dos, tres espasmos. Un blanco géiser surgiendo del extremo del glande. Y, por último, el horror. El horror en forma de una mancha grumosa que apareció sobre la camisa de Agustín, a la altura del bolsillo en el que colocaba los bolígrafos, y que de inmediato comenzó a extenderse hacia abajo por efecto de la gravedad. Ahora sí que no había vuelta atrás. Y, para confirmarlo, Camuñas, el gran eyaculador, abrió los ojos y clavó su mirada en la de su profesor. Ni el menor signo de alarma en su cara. Tan solo el brillo salvaje del triunfo. «¡Te he vencido!». Y así fue como Agustín Lázaro, profesor de Literatura, se sintió: definitiva e irrevocablemente vencido. Con paso cansino, regresó a su mesa y comenzó a guardar sus libros y cuadernos en su cartera. Entretanto, los hilos del semen de Camuñas habían alcanzado ya los confines de su cinturón y amenazaban con profanar también la tela de sus pantalones. Ya habría tiempo para limpiarla más tarde. Lo principal era salir de allí. Y así lo hizo, entre los murmullos de sorpresa de sus alumnos, que no habían llegado a percatarse de la tragedia que acababa de desencadenarse en su aula. Agustín salió del instituto a toda prisa, sin molestarse siquiera en pasar por la sala de profesores para recoger su abrigo. Cruzó la verja y se alejó de allí sin mirar atrás. El Incidente había ocurrido dos años antes, pero desde entonces no había vuelto a traspasar el umbral del instituto.